

Cronista oficial, palabras previas:
con aquel remoto paisaje diario en la retina, camín d'escuela

“Dame una teja de tu pueblo y te
contaré cómo es el mundo”
(Escuchada a Julio Llamazares, de
los novelistas rusos)



Salón de Plenos
Casa Conciyu de L.lena
4 d'ochobre, 2024

Gracias a Gema, por este honor, y la propuesta al resto de los grupos participantes en la política municipal. Gracias a estos grupos también, por aceptar sin reparos mi nombramiento honorífico. Gracias al RIDEA por la propuesta el día de la presentación de la Guía de Lena, en Asturias, concejo a concejo. Todo un honor, después de unos cuantos años ya del anterior Cronista Miguel López. Y gracias a tantas personas que lo hicieron posible en todos estos lustros, y a los que estáis ahí prestando vuestro tiempo también ahora. Por supuesto, sin olvidar a la familia: sin ellos y sin ellas, no hubiera dispuesto de tantu tiempu para andar tantos caminos por esti y otros conceyos.

Y, por comenzar por remotos principios de mis crónicas de caleya por Lena, mucho debo a los paisanos y paisanas de los pueblos, verdaderos cronistas locales, con su memoria milenaria de tantas informaciones y topónimos que, durante tantos años me fueron dando por caleyas, brañas, cabanas...; y hasta con café y suspiros tan sabrosos, al final de una xornada baxo la nublina, o con la moyaúra o la calisma al midiudía, incluyíos tantas veces. Impagables sus palabras y atenciones. Sin ellos y sin ellas, ausentes ya tantos por desgracia, no hubieran sido posibles las historias de nuestros pueblos, ni las etimologías de tantos miles de topónimos que pudimos salvar entre todos.

O siguiendo por mis andaduras en las aulas, he de agradecer sin titubeos a tantos alumnos y alumnas que supieron entender aquella idea que intentamos entre todos también: que, por las aulas, la forma más llevadera y práctica de aprender, era, aprender juntos; unos podríamos aportar teorías más librescas, de manuales; pero, los otros podríais disfrutar mejor con la práctica de lo que teníais alreor en los pueblos, montes o caleyas. Un poco raro entonces, pero como alguien dijo bien por ahí, yo lo veía más claro:

“La más larga andadura siempre comienza con un primer paso”.

**Palabras y costumbres imborrables en la retina de aquella infancia pelas caleyas,
camín d'escuela a La Frecha, o por los praos**

Porque mi afición a la lectura del entorno, y a descubrir, calibrar a mi modo, lo que veíamos alreor, camín d'escuela, o a las vacas y las ovejas pel monte, viene de muy atrás: el paisaje que nos tocó vivir por aquellos años cincuenta, tan lejos

de los móviles, las pantallinas y hasta de los libros de hoy; todo un xuegu principal que, sin darnos cuenta entonces, algunos fuimos practicando por las caleyas, al tiempo que algo aprendíamos en la escuela con aquella enciclopedia mágica de Álvarez, que nos iba abriendo las ventanas del mundo, en el lenguaje de la época; y con aquel asturiano cerraio, que taba hasta prohibío, claro, pues yera hablar mal, de pueblu; cuando se reían de nosotros los que venían de la ciudá el fin de semana, los veraniantes...

Pues, por esa afición a observar, cavilar, interpretar..., sobre lo que teníamos alreor, me viene, precisamente, del mismo camín d'escuela, con barro, de madreñas, o a las vacas por los montes. Así empezábamos algunos a ver diferencias entre unos pueblos y otros, entre los nombres de los praos, de los montes; o entre las costumbres de unos animales y otros; los usos de las plantas, tan distintos para nuestros güelos y güelas.

Mucho tengo cavilao entonces y seguí muchos años cavilando, por qué los pueblos de Casorvía y Malveo yeran tan soleyeros en invierno; y por qué en el de Herías, teníamos que aguantar tantas xelás entre noviembre y febrero, ya a la sombra a media tarde; mientras la línea de sol subía tan lenta ladera arriba de Casorvía, desde el río La Frecha hasta perderse del todo tras los altos de Penafurá y Carraceo, ya casi al crepúsculo. Y con la solución muy fácil pa mí entonces, con 6-8 años: haber coloco el pueblu de Herías entre los de Casorvía y Malveo, sobre las irías y praos tan soleyeros que tienen pel medio. Hubiéramos quedo toos al sol, sin tantas xelás en pleu inviernu.

Sana envidia inevitable, de la que tanto aprendí y agradecí con el tiempu; es decir, que todo mi paisaje vistu desde Herías tenía una explicación milenaria: el posicionamiento de los pueblos, su orientación al sol, pero nunca al azar en cualquier recoveco de una ladera; o los productos que mejor se daban en cada ladera, los arbolados que crecían más gruesos, las fuentes que abundaban o escaseaban. Y que, por la seronda arriba, los praos de unas laderas yeran más secanos, con menos pestu pa las vacas, aunque fueran las yerbas mejores, de más calidá. O por qué los de Casorvía y Malveo no tenían castañares: tenían los castañeros por Herías, por Congostinas...

Entre unos y otros, ya camín d'escuela y de madreñas, fuimos aprendiendo a ver las diferencias, los contrastes, las cosas opuestas..., con sus ventajas y desventajas al convivir de forma inevitable; y hasta solidaria, por voluntá o por fuerza. Y así lo fui entendiendo después con los años, con los documentos, o con los escasos apuntes de algunos profesores en la Universidá.

Hasta que fui descubriendo el valor de un conceyu entre montañas: las palabras, los topónimos, la historia, la botánica..., que ya investigaba el lingüista Neira más de medio siglo atrás

Ya en la Universidá, la tesis doctoral de Jesús Neira, *El habla de Lena* (leída en la Universidá de Madrid, en 1951) supuso ya para mí el apoyo documental que

me hacía falta para valorar, definitivamente, la importancia de las palabras asturianas en Lena, los topónimos y hasta los *forcaos*, *las fesorias* y *las carreñas*, como él analiza en la tesis, con sus etimologías, significados y referencias remotas en la historia de las lenguas romances, al lado del castellano y otros derivados del latín.

Porque, mirando ahora, pa los pueblos desde un alto, da la impresión de que todo lo tenían calculado aquellos primeros pobladores de un territorio desde miles de años atrás; desde remotos tiempos de los dólmenes, los castros, las villas romanas, los monasterios..., que bien nos atestiguan tantos topónimos lenenses: La Cobertoria, L'Aramo, Pena Tolóbriga, Muñón Cimiru, Tuiza, La Carisa, Carabanzo, Carabanés, Castiellu, Mamorana, Villayana... Nombres, todos ellos con larga historia de pobladores por los altos, que fueron descendiendo hacia los valles.

Y siguiendo también por aquellas aulas de los años setenta, con las primeras lecciones aprendidas de los alumnos

Porque nunca podré olvidar aquella primera lección aprendida de aquel joven Eladio Cambeiro Sambade, en mi primer Istituto gallego, nada más comenzar el curso. Aquel alumno de BUP, muy callado, trabajador, educado, luego profesional de prestigio, me decía un día muy serio:

*“Mire, maestro, enténdame:
eu non podo facer os exames en castelán;
eu teño que faceos en galego;
eu non podo escribir ben castelán”*

Y yo le decía a Eladio en mi romance castellano, pero recordando, a la vez, mis problemas de guaje con el asturiano de la escuela en La Frecha, más de medio siglo atrás. Decía yo a Eladio, chapurreando ya una lengua que tanto disfruté en mis tres años por las aulas gallegas y que sigo disfrutando hoy mismo tantas veces:

*“Eladio, no te preocupes, tu escíbeme los exámenes en galego,
y fala como queiras que ya te entenderé pouco a pouco;
yo aprenderé tu lingua galega de paso;
pero yo te hablaré y te corregiré en castellano,
porque tú lo agradecerás con el tiempo”.*

Como aquellos guajes de Zurea que un día agarraron una pala y un picón pa dir escavar El Castro las Coronas y El Castiitsu, que habíamos citado en clase

Desde aquella lección galega, tuve siempre muy claro que el paisaje en que vivimos es la primera enciclopedia abierta a todas horas del día y de la vida. Sólo hay que leerla nada más abrir la ventana al rayar el alba. Y así, la fuimos aprendiendo unos y otros a descubrir el conceyu, con aquellos trabayinos sobre los pueblos, que traían algunos de casa: descripciones, narraciones, costumbres, topóni-

mos, refranes, poesías quinceañeras...; y hasta frases amorosas en los forros de las libretas, los famosos carpesanos, o escritas a rotulador sobre las tapas de las mesas.

Muchos disfrutamos con la sintaxis enrevesada de tantas oraciones pa la selectividá y similares, ya más pegados a la programación oficial, que intentábamos compaginar en lo posible. O cuando íbamos comprobando la novedad que suponía decir en un aula que su pueblu tenía un *castro*, un *castillo* (con su sufijo diminutivo), un recinto habitado prerromano, celta...; o analizando palabras y raíces léxicas latinas o prelatinas que teníamos alreor del pueblu y no caíamos en ellas.

Y, así, hablando de lexemas y morfemas, topónimos..., había dicho yo, tras un día por los altos de Zuera, que había encontrado un picu llamado El Castro las Coronas con El Mayéu'l Castiitsu debaxo, no por casualidad. Pues, al día siguiente, llegan a clase los de Zurea, Marcos, Carlos, Senén..., alguno de ellos se levantó muy serio en clase y dijo muy decepcionáu:

“Ayer xubimos al Questru las Coronas, con unos picones y unas palas; cavemos too alreor del piquechu, pero nun encontremos ná... Tendremos que volver utru día.

Seguro que algún puntín a xubir habríamos apuntao nel cuadernín de notas, pues bien se merecían para añadir a la media del mes: estos alumnos ya entendían bien entonces la relación entre los apuntes de clase, las palabras del diccionario y las que circulaban por las caleyas del pueblu, por los praos, por los montes entre las malezas, hasta entonces desconectadas de su experiencia fuera de los libros de texto, exámenes y apuntes oficiales. Aprendíamos a leer el entorno con los prefijos y sufijos de un simple *questru* y un *castiitsu* entre morrillos y peornales. Y así seguimos investigando y trayendo las palabras asturianas a las aulas tantas veces, para hacer un poco más alegres las mañanas...

O por El Castión de Campomanes, cuando, medio en serio y medio en broma, cavilábamos otru día sobre el valor documental del simple barrio de un pueblu mayor

Y, siguiendo otru día en clase con los prefijos y sufijos, en apariencia tan insignificantes para la mayoría entonces, salió como exemplu El Castión de Campomanes: otru sustu y expectativa, pues por allí andaba Dani, que había nacido en el barrio, precisamente. Ni se creían el valor de una palabra marginal tan común en un pueblu mayor; en realidad, justo al revés: un barrio, arrimáu en la pendiente, mucho más antiguo, mejor situado, que el poblamiento mayor, Campomanes, que, por esas fechas prerromanas, sólo sería un lugar inhabitable entre la confluencia de dos ríos, siempre expuestos a las inundaciones de las vegas que arrasarían con todo. Por ello llamaron antes con precisión Trambasaguas.

El caso es que El Casti3n se habr3a levantado a lo cimero de La Vega, en el comienzo de la vertiente que contin3a hacia Bendue3os. En el origen, un castro bueno, oportuno, para su tiempo: lat. *castrum*, ‘lugar fortificado’; y con sufijo valorativo (-*illo*), y aumentativo, -*onem* y todo: un *castrill3n*, para aquellos tiempos de tresmil a3os atr3s... Nada que ver con lo que imaginemos hoy de un lujoso castillo medieval o moderno; pero all3 hubo un *castill3n*: la palabra misma que form3 Castri3n, por Avil3s; Castell3n de la Plana por la costa valenciana... Lo que son las paradojas.

En resumen, El Casti3n atestigua hoy mismo un *castrill3n antiguo, pues esta parte alta de Campomanes hubo de ser la primera zona m3s segura para habitar sobre las vegas inundables de Trambasaguas; all3 se asentar3an los nativos que bajar3an de los altos de Corros (recinto castre3o celta, ya documentado por el arque3logo J. M. Gonz3lez); porque, en tiempos ya romanos, una vez habitable en parte el valle, por el invierno, sobre todo, los pobladores de las cumbres iban bajando a cobijarse y pasar las nieves en los fondos de los valles, para volver en primavera a los altos del verano en las caba3as en las bra3as. No por casualid3, justo sobre el Picu Corros o El Castiitsu, est3n los buenos praos de Bra3a.

Y, justo frente al Casti3n de Campomanes, El Castro de Corneyana

Tampoco por casualidad, justo frente al Casti3n de Campomanes, en la ladera de Corros, al fondo de la cresta caliza, est3 El Castro de Corneyana: una peque3a explanada, bien visible hoy todav3a. Y en la ladera de Her3as est3 Castro, con tradici3n parecida. Misma ra3z que El Casti3n: el castro original.

Con otros datos que atestiguar3an en su tiempo esa posici3n del Casti3n m3s elevada sobre el resto de las casas. Por ejemplo, la misma zona de La Vega, es decir, la ribera apacible del r3o Payares, que entonces ser3a bastante m3s boscosa, y que luego se empezar3a a sembrar para el poblado. O la misma Fuente’l Vache: la fuente del valle, es decir, la zona m3s empozada respecto a las pendientes del Casti3n. Las vegas inhabitables de Trambasaguas.

S3lo una vez canalizadas ambas corrientes, ya en 3pocas romana y altomedievales, el poblamiento del Casti3n se ir3a extendiendo al campo de un pose3or, que lleva el nombre de Campomanes (*Campus Manis*, ya en lat3n), como Villaman3n, el puerto quiros3n de Man3n, baxo Penarruea... Y tantos otros de referencia antrop3nica, al margen de otras leyendas sobre el nombre.

En fin, muchas an3cdotas podr3amos a3adir de tantos ejemplos que iban saliendo en las aulas, a medias entre unos y otros, pero que atestiguaban la necesidad de utilizar lo que ten3amos por las caleyas para completar los libros y los programas del curso: los famosos trabayinos con refranes, leyendas, poes3as quincea3eras, las minas neol3ticas del Aramo... Con cualquier palabra o top3nimo m3s montaraz, podr3amos pasar la clase entera, medio en broma..., pero m3s bien en serio: pues la lengua, casi siempre, ya lo dice casi todo.

Tal vez, así llegamos de paso a lo de cronista oficial, ya fuera de las aulas, comenzando, como casi siempre, por las palabras

Cronista, oficial...

Porque, en respuesta a la pregunta que me hacen, a veces, sobre qué es eso de cronista oficial, lo más sencillo es resumir, sin más, el origen de estas palabras; *cronista*: en relación con el gr. *krónos* (tiempo), lat. *chronicus* (el que sigue el orden del tiempo). Es decir, el que va relatando lo que encuentra a su paso, lo que ve, lo que vio, lo que escucha, lo que estudió..., sobre un paraje concreto, un suceso, la tradición de un poblamiento; en resumen, el cronista desarrolla su oficio investigando, describiendo, contando, divulgando lo que tiene a su alrededor, en su entorno más o menos próximo, inmediato, o relacionado con la situación que fue y sigue viviendo.

Y *oficial* viene de oficio, claro, el que tiene el *officium* (el servicio, la función), de hacer un trabajo, del todo gratis en este caso, simple trabaju comuñeru; en lat. *opus* (obra), más *facio, facere* (hacer, construir); realizar una obra concreta, como tantos artesanos practicaron con sus habilidades en la comunidad desde remotos tiempos prerromanos: *madreñeros, curanderos y curanderas, comadronas, ferreros, cesteros, filanderas, repostreras*... Tantas veces, ellos y ellas también, sin más pagos que el prestigio de su solidaridad vecinal, como ya pensaba Séneca:

“El premio de una buena acción
es haberla hecho”.

O conceyu, aconceyase...

Algo parecido a lo que nos dicen tantas palabras solidarias del léxico asturiano. Por ejemplo, conceyu, concecho, con su topónimo El Concecho (plazoleta en Tuíza Riba): voz ya latina *concilium* (reunión, asociación); el lugar donde se runía la gente del pueblu para acordar la vida comunitaria, presidida por el rixior (el alcan-de pedáneu, de a pie); en otros pueblos, la *esquisa*, en topónimos como La Plaza la Esquisa: lat. *exquiro, exquisita* (buscar, conjunto de cosas rebuscadas), para lo mismo, para acordar en comunidad lo más urgente a realizar con el trabaju y la colaboración de cada familia en el lugar.

Y todo ello, dentro de un *ayuntamientu*, que bien asoleya la misma palabra: el *ajuntamiento*, explicada con tanta precisión en el Diccionario de Autoridades ya en 1726:

“La acción de unir, juntar una cosa con otra...; congreso de dos, tres o más personas..., para diversos usos y fines”.

Hoy con tantos derivados hasta en la tele: la xunta, la axuntanza, axuntábense...

Siempre en estaferias, estayas, esfoyazas, andechas comuñeras...; todo un ejemplo de solidaridad vecinal, conservado hoy mismo muchos casos

Como tantas otras palabras de las caleyas que nos recuerdan la vida solidaria de cualquier tsugar, menor o mayor: *estaferia* (la sexta feria, el sexto día de la semana, dedicado a los trabajos comunales); la *andecha*: la ayuda mutua en los sembrados por turnos y prioridades; la *comuña*: la puesta en común de los pastos en ciertas épocas del año; la *esfoyaza*: la esfueya comunal de las panoyas en el otoño, tan divertidas entonces, como recuerda la copla entre mozos y mozas:

“Al remate de la esfueya,
nun me tires panoyaes,
que toy haciendo la riestra
y tengo les manes ataes”.

Terminando por el mismo término *política*, tan desvirtuado a veces: en el origen de la palabra, simplemente, la ciencia de la ciudad, del poblamiento vecinal, del espacio habitado. Del griego, *pólys* (ciudad), más *-tica* (relación, ciencia): ciencia de la ciudad, del espacio habitado; la técnica de gobernar la ciudad, las calles, las caleyas..., según los casos. La ciencia de todos, en definitiva: el compromiso de solidaridad con el vecindario, en busca de soluciones a los problemas diarios.

Y así, entre palabras y palabras, fuimos construyendo, reconstruyendo la historia lenense a nuestro alcance

Hasta fuimos aprendiendo a discutir por las aulas con aquella asignatura que nos montamos de Técnicas de Estudio, casi exclusivamente para entender que hablar, escuchar, escribir, resumir, exponer, discutir..., nada tiene que ver con enfadarse, enemistarse, acalorarse, perder los papeles... Que palabras como *opuestos* y *contrarios* no son sinónimos de enemigos; incluso, justo al revés: los *contrarios*, los *opuestos* son imprescindibles para entender la realidad y construir los proyectos de presente o de futuro, más o menos imaginados o en serio. Simplemente, por aquello de que:

“Cuatro güeyos siempre vieron más que dos”

Pues, ¿qué ocurriría si no hubiera un polo negativo y un polo positivo para encender la luz?. Y ¿si no existiera el día y la noche, el invierno y el verano, las llanuras junto al mar y las cumbres más altas de las montañas? En aquellas discusiones verbales por las aulas, con temas a veces tan escamosos, aprendimos que “los contrarios, los que se oponían a nuestras ideas con razones y argumentos sobre la marcha, no eran enemigos, ni mucho menos.

Muchas discusiones, acaloradas incluso, con aquellos temas de treinta años atrás: que si las mayeres al ejército, a la mili, que si los preservativos... Y tantos

otros pa filar fino y con cuidao, pa que nun se desmandara la cosa... En fin, sacá-bamos conclusiones, nos complementá-bamos. Por ahí andan muchos y muchas pa recordarlo.

Alguna vez sacamos a cuentu la teoría de los cuscurpinos, “el dilema de los erizos en el invierno”, que tanto gustaba al filósofo Shopenhauer, a la hora de plantear cualquier tipo de relación social: la utilidad de una convivencia equilibrada, en esa inevitable necesidad de sobrevivir cada día en un mismo espacio local, aún con las posiciones más enfrentadas. En resumen, decía el filósofo alemán sobre la actitud de los erizos cuando llegaba el invierno:

“Ni se colocaban tan separados como para sentir frío, ni tan juntos como para pincharse”.

Es decir:

“Juntarnos lo suficiente, pero sin llegar a pincharnos; y separarse lo necesario, pero sin llegar a sentir frío”.

Muchas aplicaciones sociales, políticas, religiosas, económicas..., podríamos imaginar con la reflexión de Shopenhauer, en nuestra vida diaria, para una convivencia inevitable. Como recuerda también el dicho que alguien formuló por ahí y que hasta dio lugar a el título de algún libro para explicarlo mejor

“Condenados a entendernos”

Y que podíamos concluir: “a entendernos, o a extinguirnos”, por supuesto.

Reconstruyendo el conceyu con palabras, para que otros lo sigan construyendo a su medida en cada caso y en cada tiempo

Hoy, mi crónica, mis crónicas son los libros publicados sobre el conceyu, los artículos en diversas revistas. Pero, sobre todo, en mi página web, que lleva ya unos treinta años por las redes al acceso de cualquiera, como atestiguan los miles de visitas cada año, desde cualquier rincón dixital pel mundu: un conjunto de textos, fotos, diccionarios, vocabularios específicos, apuntes de las aulas, poemas escolares, refranes... Una página web que sigo actualizando cada mañana, mientras funcione el programa, con van más de treinta años años pe las redes, y con más de ochomil ficheros colgaos....

Muchos detalles tengo grabados en la retina de mi construcción verbal del conceyu, casi en el sentido que el poeta Dámaso Alonso resumió en los versos, de cuando rompió a hablar, por fin, y a entender el castellano, tras los primeros balbuceos de la infancia; de la satisfacción que le produjo al poeta hablar y entender la lengua, exclamó años más tarde en aquellos versos:

“... yo hice el mundo en mi lengua castellana.
Crear, hablar, pensar, todo es un mismo
mundo anhelado, en el que, una a una,
fluctúan las palabras como olas...”.

Comenzando la reconstrucción por el mismo nombre Lena, mucho más allá de estas reducidas montañas

En definitiva, fuimos construyendo con palabras, con explicaciones a nuestro modo, la vida de un conceyu presente en tantos detalles sin escribir todavía; comenzando por el nombre, Lena, poco menos que universal: el río *Lena* ruso, la llanura del *Lena*, en Irlanda, el río *Lea*, en Galicia... O por los mismos nombres de los 248 pueblos del conceyu, algunos ya desaparecidos por desgracia; los casi centenares de castros, castietsos, villas, villares..., que sobreviven en buena parte. Con sus nombres esparcidos por tantas otras regiones y lenguas también.

Con ello, conocemos hoy un poco mejor los dólmenes, los túmulos del conceyu, estudiados en parte por los arqueólogos; las vías pecuarias, la calzá romana, La Vía de la Plata, el camín de peregrinos, las malatas, los hospitales de los tiempos, los rústicos monasterios por los montes, las ventas, las parás, las posás, las carreteras de los carros...

Como fuimos asoleando entre unos y otros el Santuario y las pinturas barrocas de Bendueños, hasta hace poco "*el cuertu los trastes con goteras y telarañas*", y hoy declarado BIC por el Principado, al que mucho se lo agradecemos algunos. Unas pinturas únicas, sin interpretar del todo, por lo que parece, venidas de Las Indias americanas. Por citar sólo un ejemplo de lo que se puede seguir investigando, proyectando y divulgando sobre el patrimonio cultural de Lena.

Con tantos otros y otras, personas, colectivos..., que hicieron y siguen haciendo, hoy mismo, sus crónicas en el tiempo

Porque, así, seguiríamos la crónica lenense más colectiva, solidaria: con xente que participa en asociaciones diversas, páxinas webs personales, blog dixitales, guasap, prensa virtual, revistas locales, proyectos solidarios, instituciones sociales, grupos deportivos, musicales... A la vista están a diario, por unos u otros medios.

Inolvidables las rutas con la ayuda de Cruz Roja, por los puertos, que dio lugar al libro *Por las montañas de Lena*, allá por los años 90. O aquel proyecto tan solidario del otro libro *L. Lena fala*, por Nedi y compañía, con la memoria de cada pueblu traducida a mano a las 693 páxinas de la edición. Muy conocida ya la actividad de la Asociación Vindonnus, con la declaración BIC del Santuario de Bendueños, con el trabayu de David y colaboraores. O Jorge Oca, con su proyecto Pintayus, para la reconstrucción prerromana de la prehistoria lenense. Belén y Carlos, con su proyecto de Salud para los mayores de los pueblos.

Como Graciela, con sus experiencias tan didácticas en la explicación de las materias curriculares sobre el terreno en tantas rutas por el conceyu. O Celia, con su huerto didáctico en el IES, y sus paseos en equipo para la aplicación en vivo y en directo sobre el paisaje. O Pablo Yagüe, con su proyecto espeleológico en La Cueva Viguinatsarga de La Vatsota y Cuayos; espacio de aventuras y tesoros, llevado a cabo en la novela del escritor Juaquín Barreo, *Detrás de la lluvia*, publicada hace

poco en Madrid (Ediciones B). O Auri, con su recuperación de las leyendas orales en la tradición literaria lenense, que un día disfrutaremos, sin duda.

Hasta pensando en las palabras escuchadas a Julio Llamazares: “Dame una teja de tu pueblo...”



Como decía, hasta podríamos llegar a entender, entre unos y otras, aquellas palabras escuchadas a Julio Llamazares, que atribuyó a los novelistas rusos (Dostoievski, Anton Chejov), y que no son fáciles de entender desde una sola experiencia y perspectiva.

“Dame una teja de tu pueblo y te contaré cómo es el mundo”

Pues, tal vez, simplemente, porque lo que se considere más local, de pueblo, pudiera resultar lo más universal: la aldea global, que se dice ahora, comenzando por el detalle de una simple teja, con las mismas funciones, materiales parecidos, formas..., en cualquier rincón del mundo donde llueva. El lenguaje universal del suelo.

Por las caleyas de otros muchos conceyos con el tiempo

En fin, a muchos y a muchas tengo que agradecer en el conceyu, y fuera del conceyu, también, la oportunidad que me dieron de ir compartiendo -escuchando, comentando, divulgando- la historia de los tsugares, mayores o bien pequeños: una historia elaborada a medias entre la memoria de los nativos y las informaciones que yo iba encontrando entre las escasas referencias de los libros, los documentos, las enciclopedias, Larousse, los apuntes de Universidad, Wikipedia hoy...

Pues, ciertamente, de los pueblos mayores, de las catedrales, de los grandes monasterios..., hablaron mucho los historiadores, los escritores, los estudiosos; pero de los tsugares más pequeños, de las capillas más modestas, de las ermitas de las brañas, de las caleyas sin asfaltar..., pocos se detuvieron en ellas, por razones diversas, antes y ahora. Muchos apreciamos los lenenses a Jovellanos, a Ramón y Juan Menéndez Pidal, Nuevo Zarracina, Celso Granda, Jesús Neira..., y otros. Hicieron lo que pudieron para sus tiempos y nos sirvió a los siguientes para seguir sus pasos: no fue poco.

En palabras de Jovellanos por Carta a D. Francisco de Paula Caveda y Solares (1791):

“Y ved aquí indicado el término a donde yo quiero que aspiremos, por medio de tan sencillos trabajos. Ellos nos deben conducir insensiblemente a la alta empresa de escribir algún día la historia de nuestra Provincia. El conocimiento de su dialecto y geografía serán por sí solos de gran auxilio (...).”

Continúa el autor gijonés aclarando desde el principio la forma de que un país llegue a progresar, a partir de las bases del conocimiento por la educación inculcada a los más jóvenes, ya desde bien temprano:

“Y si el cielo, bendiciendo nuestros esfuerzos, hiciere salir de nuestro seno jóvenes aventajados en los estudios físicos y capaces de analizar y distinguir las tierras, las piedras, los fósiles y minerales que la naturaleza tiene encerrados en las entrañas de Asturias, ¿cuánta ilustración no podremos esperar para nuestra obra?”

Con muchas manos solidarias, por supuesto, que nos facilitan las investigaciones hoy

Sin olvidar la gran labor de unas bibliotecas municipales, que sí albergan hoy abundante documentación, de la que tengo el gusto de disfrutar a poco que conecte hasta por gúasap con los bibliotecarios y bibliotecarias. Mucho debo las facilidades que me dan Auri, Alberto, Isa, no sólo para mis trabayinos de pueblu, sino para muchas otras personas que investigan sobre nuestro conceyu por el resto asturiano, por otras universidades españolas o extranxeras, montañeros, blogueiros..., que me preguntan y yo no puedo responder del todo. Sólo tengo que remitirlos a la Biblioteca y obtienen los datos que buscan. Y yo quedo muy bien de pasu, por supuesto... Impagable privilegio en estos tiempos tan virtuales.

Porque, a juzgar por la palabra, cronistas, en realidad, resulta ser cualquiera que investigue, cuente, divulgue lo que tenemos, o lo que tuvimos, en un conceyu. Hacemos crónica diaria cuando desarrollamos proyectos que sirven a los habitantes de La Pola o de los pueblos para seguir viviendo y progresando en cada tiempo.

Gracias a todos ellos y ellas, seguimos haciendo la crónica, las crónicas locales de los detalles que no pasaron al papel todavía, y con riesgo de perderse para siempre cada vez que un paisano o paisana cierra la puerta de su casa o su cabaña para siempre: porque gran parte de la historia, la intrahistoria real de los pueblos está sin escribir. Como ya decía Unamuno:

“... esa vida más oscura y humilde, anónima..., silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana”.

En fin, gracias por este privilegio de estar aquí en reunión tan comuñera

Gracias por este honor de un oficio tan milenario para contar lo que fue ocurriendo de tiempo en tiempo, desde que se inventaran los primeros signos gráficos, por precarios que fueran siglos atrás; y hasta grabados sobre tablillas en barro o en piedra, como hacían los iberos, los egipcios, los griegos, desde tantos mi-

lenios atrás. Es decir, las crónicas de alguien que empezó a poner por escrito lo que iba descubriendo en la vida diaria que le tocó presenciar.

Cientos, miles de años después, hoy mismo, podemos seguir intentando la idea, si bien ya con medios bastante más diversificados a mano o en digital. Y en formas colectivas al modo de las estaferias en los pueblos, hasta llegar a hacer de Lena, una aldea global adecuada a los tiempos y al servicio de todo caminante o residente que pase o se quede por aquí. Las nuevas vías del tren pel Güerna podrían ser una ocasión más para la difusión y el progreso de un conceyu tan comunicativu siempre.

Para que podamos decir con el poeta portugués Miguel Torga que:

“Lo universal no es más que lo local sin fronteras”.

Y, porque, en definitiva, como dice José Luis Sampedro, porque...:

“Escribir es vivir... Escritura y vida... Y cuando digo que la vida y la obra están entremezcladas -dice el escritor- es porque hacer y hacerse son las dos caras de una misma moneda. Hacer y hacerse. Vida y obra”.

Gracias asgaya, de nuevo, por este honor y por vuestra solidaridad aquí.

Xulio Concepción Suárez

www.xulioocs.com